



ROMANCE TRAGICO

DE LOS VALEROSOS HECHOS

DE

**D. RODULFO DE PEDRAJAS;**

REFIERESE COMO SU MAGESTAD

LE PREMIÓ POR SUS HAZAÑAS.

PRIMERA PARTE.

Todo vandido se esconda,  
no manifieste la charpa  
à vista de mis arrojios:  
tiemblen los guapos de España,  
temple su ira Oliveros,  
vencedor de las batallas;  
calle Bernardo del Carpio,  
que entre cerros y cañadas  
se quedó pidiendo guerra,  
por yerro de su ignorancia.  
No soy el Cid, ni Sanson,  
que columnas derribaba  
en venganza de su agravio,  
cuyo valor publicaba,  
que morir por Dios y el Rey,  
es dar lauros à la fama.

Y porque sepan quien soy,  
mi nacimiento y crianza,  
nací en Morales del Rey,  
Don Rodulfo de Pedrajas,  
que el astro de mi fortuna  
me señaló letras y armas.  
Llegué à cumplir veinte años,  
compré mi caballo y charpa,  
y cargando de tabaco,  
à Zaragoza pasaba,  
en breve lo despaché,  
y volviéndome à mi casa,  
encontrando en el camino  
à Pelagio, que los guardas  
lo llevaban maniatado,  
y despojado de armas,



asi que los conocí,  
los aguardé que llegaran,  
y les dije, caballeros,  
aquese preso y las cargas  
al punto lo soltareis,  
que Don Rodulfo lo manda,  
aqui es preciso morir,  
que la muerte à todos llama.  
A un tiempo me dispararon,  
dándome carga cerrada,  
yo disparé mi trabuco,  
y les maté cinco guardas,  
los que quedaron, huyeron,  
que el miedo les acobarda;  
y despaché á Don Pelagio,  
sin que nada le faltara.  
Y caminando á Morales,  
puse pública aduana  
de tabaco, vino y carne,  
de pólvora y de barajas,  
à los presos los liberto,  
y socorro al que me llama.  
Dígalo la Real Saboya,  
cuando un jueves de mañana  
iban à ahorcar á un hombre,  
y compasivas lloraban  
dos mugeres en sus calles,  
les pregunté: ¿qué es la causa  
de vuestra grande afliccion?  
Y al punto me replicaban:  
hoy le dan muerte à mi padre,  
quedamos desamparadas;  
porque un hombre mató à otro,  
el agresor se ausentaba,  
y el Escribano traidor  
à mi padre se la carga:  
les dije se retirasen,  
y previniendo las armas,  
al punto me fui á la cárcel,  
donde el Secretario estaba  
para dar fé y testimonio  
de sus letras mal fundadas;  
y vide sacar al pobre,  
que los padres le ausiliaban,  
caminando hácia el suplicio,  
y llegándome à la escala,  
les hice alli detener,  
y al Escribano llamaba:  
ven acá hombre infeliz,  
condenado y de mal alma,  
¿cómo por tu culpa dan  
muerte al que no tiene causa?

Me respondió: del Consejo,  
que tal justicia se haga,  
ha salido decretado.  
Y desnudando la espada,  
la cabeza le corté,  
dejando el cuerpo sin alma.  
Pedian favor al Rey  
los soldados de la guardia,  
y brioso con mi acero  
despejé toda la plaza,  
donde hice doce muertes,  
otros las piernas quebradas;  
metí el reo en San Francisco,  
sin que nadie lo estorvara.  
Y caminando à mi tierra,  
hallé mi casa cercada  
de un gran cordon de soldados,  
que con órden de la Sala  
venian para prenderme,  
vivo ó muerto me entregara;  
y viéndome yo perdido,  
echando mano á las armas  
los aventé como moscas,  
que salen desperdigadas.  
A este tiempo en Barcelona,  
en su eminente montaña,  
andaban cuarenta hombres,  
que robaban y mataban  
à todos los pasajeros,  
y à muchos pueblos asaltan.  
Tenian órden del Rey  
que aquel término cercaran,  
y prendiéndoles, en horcas  
pongan en públicas plazas;  
y el señor Gobernador  
no pudo adelantar nada,  
porque los dichos ladrones  
alguna gente le matan.  
A la ciudad se volvió,  
y al punto escribió una carta,  
dando parte à Don Rodulfo,  
diciéndole, que esperaba,  
no se dilate en venir,  
que le dá firme palabra  
de ser su padrino en todo.  
Y sin temer mi desgracia,  
en un ligero caballo,  
cual águila que volaba,  
llegué à los montes de Bernia,  
y el Marqués de Huelma pasa  
con su esposa y sus dos hijas,  
mayordomos y criadas:

1822-289



salieron ocho ladrones,  
y á todos los maniatan:  
quieren violar la Marquesa,  
y aquellas doncellas castas,  
en presencia del Marques:  
por socorro al cielo claman.  
Fui corriendo á estos lamentos:  
y antes que á ellos llegara,  
me salen á recibir  
con escopetas cargadas,  
diciendo: quién viene allá?  
Les dí la respuesta en balas;  
de los ocho maté á cinco,  
y los otros tres con alas,  
fiados en sus caballos,  
y con fuga apresurada,  
querian huir veloces;  
mas fue diligencia vana,  
que el paso les atajé,  
y los llevé donde estaban  
los difuntos compañeros;  
porque atados los velaran;  
y sacando mi rejon,

## SEGUNDA PARTE.

Ya dije en la primer parte,  
como libres se quedaban,  
y al Marques le supliqué  
que el testimonio firmara  
de todo lo sucedido,  
porque es preciso que vaya  
á ver el Conde de Flores,  
que suya tengo una carta  
en que me envia á llamar;  
sin dilacion me despacha.  
Como un rayo disparado  
volví donde se quedaban  
los muertos y prisioneros:  
á estos hice que montaran  
cada cual en su caballo,  
y que los muertos llevaran  
hasta entrar en la ciudad;  
y cerca de las murallas  
el señor Corregidor  
llegó á registrar las cargas.  
Preguntó: ¿qué gente es esta  
que viene con esta traza?  
Señor, son los gavilanes  
que á caminantes estafan.  
Respondió el Gobernador:  
en este dia mi hermana

corté las cuerdas delgadas  
que oprimian al Marques  
y á las señoras, que estaban  
de aquel susto cuasi muertas:  
ó vilipendiosa infamia!  
Me ofrecian grandes premios,  
y tambien Doña Costanza,  
hija del propio Marques,  
la que rogó que tomara  
de su mano una fineza;  
me presentó una esmeralda,  
y me dijo: caballero,  
en vuestro pecho guardadla,  
que puede ser que algun tiempo  
sea honor de vuestra casa.  
Mostrándome agradecido,  
fui con ellos en compañía  
hasta sacarlos del monte,  
no suceda otra desgracia.  
Dejemos la primer parte  
del mayor guapo de España,  
y acabaré en la segunda  
de referir sus hazañas.

me noticia por un pliego  
como estuvo maniatada,  
y el Marques y mis sobrinas,  
y que quisieron violarlas,  
sin tener apelacion;  
y que debe darle gracias  
á un honrado caballero  
que por el sitio pasaba:  
me alegrara conocerle,  
y traerlo en mi compañía.  
Pues ya tiene Vuecelencia  
al que lo hizo, á sus plantas.  
Le presenté el testimonio,  
y la fecha de la carta.  
Luego mandó que los reos  
á la cárcel los llevaran;  
me dió su lado derecho,  
diciendo que celebrara  
prender los cuarenta hombres  
que iban cometiendo infamias  
en lo áspero de los montes.  
Don Rodulfo dió palabra  
de traerlos prisioneros,  
y con diez soldados marcha  
hasta la vera del bosque,  
y descubriendo sus calas;



puso en ellas centinelas  
 con una órden cerrada,  
 qué si escuchan venir gente,  
 les tiren sin repugnancia.  
 Solo me metí en las breñas,  
 su espesura paseaba,  
 poniendo lazos y cepos  
 por el suelo y por las matas,  
 hasta llegar á la cueva  
 en donde ellos habitaban,  
 y estando en grande funcion,  
 con brindis se saludaban.  
 Al aire disparé un tiro,  
 y en silencio se quedaban,  
 diciendo: perdidos somos,  
 cada cual tome sus armas  
 para defender las vidas:  
 y en el monte se repartan.  
 Y conforme iban andando,  
 enredados se quedaban;  
 y sin poderse valer,  
 les quité todas las armas:  
 hice acudir los soldados,  
 y con sogas los amarran,  
 y antes que fuera de dia  
 tomamos la caminata  
 al puerto de Barcelona,  
 y un soldado se adelanta,  
 diciendo al Gobernador:  
 desde que España es España,  
 no hubo hombre mas valiente,  
 ni de mas heroica hazaña;  
 él solo prendió los hombres,  
 sin que nadie le ayudara.  
 Victorioso con mi presa,  
 al Conde se la entregaba,  
 en ocasion que venian  
 los soldados de la playa,  
 y á su Escelencia dijeron:  
 de Turcos una fragata,  
 á otra que era de Cristianos,  
 se la llevan apresada,  
 y á prisa pide socorro.  
 Muy suspenso se quedaba  
 al oirlo; y dije entonces:  
 mande Usía que una lancha  
 me fleten, y unos soldados,  
 y verán cortar mi espada  
 cabezas de los paganos,  
 si el cielo me dá ventaja  
 en poderles alcanzar,  
 y al punto se egecutaba.

Con valor los marineros  
 y con cuidado remaban,  
 hasta llegar á abordar;  
 y saltando en la fragata,  
 cortando brazos y arneses,  
 sus cabezas derribaba.  
 Veinte Moros les maté,  
 sin que agravio les tocara;  
 y viéndose mal heridos,  
 todos soltaron las armas,  
 diciendo: noble Cristiano,  
 cese el rigor de tu espada.  
 Desembarcamos en tierra,  
 nos hicieron grande salva,  
 y los cautivos Cristianos  
 por mí la victoria aclaman.  
 Alegres los Caballeros  
 y el Gobernador me abrazan;  
 y luego al siguiente dia  
 se dispuso la jornada  
 á la corte de Mádrid,  
 á contarle mis hazañas  
 y mi valor invencible  
 al Católico Monarca.  
 Mandóme el Rey entrar dentro,  
 y así que llegué á la sala,  
 hincándome de rodillas,  
 me preguntó por mi patria.  
 Soy de Morales del Rey,  
 y venero vuestras plantas.  
 Generoso me responde:  
 ya es Morales de Pedrajas,  
 y Marqués de Santa Cruz,  
 Conde insigne de la Habana,  
 de Méjico gran Virrey,  
 y General de las armas,  
 Caballero Comandante.  
 Con Doña Alberta Costanza  
 es mi gusto que os caseis;  
 y en breve los desposaban.  
 Su Magestad la dió en dote,  
 que el manto que cobijaba,  
 con él liberte los reos  
 que tengan algunas causas.  
 Puestos á los pies del Rey,  
 rinden las debidas gracias,  
 viviendo los dos consortes  
 con union y paz amada,  
 dando envidias al valor,  
 y asunto noble á la fama.  
 Y aqui Juan Antonio Lopez  
 pide perdon de sus faltas.